

Epifanía del Señor – Roma, Monasterio de Santa Susana – 6.1.2012

Lecturas: Isaías 60,1-6; Efesios 3,2-3a.5-6 ; Mateo 2,1-12

“Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo”

Normalmente, cuando hablamos de las estrellas, no decimos que despuntan, que salen, sino que aparecen. La única estrella que vemos salir es el sol, todas las demás estrellas se nos aparecen a medida que el cielo se oscurece. Sin embargo, los Magos hablan de una estrella que sale. Poco después, Mateo retoma la expresión: “He aquí que la estrella que habían visto salir, les precedía...”.

¿Qué significa esta estrella que los Magos han visto salir, es decir, manifestarse progresivamente como el sol al amanecer de un nuevo día?

Las búsquedas en astronomía y en astrología sobre este tema han sido siempre desilusionantes y, en el fondo, inútiles. Ciertamente, sería interesante establecer con exactitud, gracias a un determinado cometa, la cronología del nacimiento de Jesús. Pero la estrella de los Magos no ha salido para indicar el tiempo, sino una Presencia, una Presencia divina en el mundo.

El Evangelio de la Epifanía da una indicación sobre la naturaleza de la estrella que nos ayuda a definir el ámbito en el que debemos buscar el significado de la misma. Mateo señala que los Magos “al ver la estrella, se llenaron de gran alegría”. Esta observación nos dice algo fundamental: es en el corazón de los Magos, más que en el firmamento, donde debemos buscar la estrella que sale un día para indicar el nacimiento de Jesús, en el corazón sediento de felicidad, sediento de la alegría que de sentido y plenitud al camino de la vida.

La estrella de los Magos está en el fondo de su corazón. Ciertamente, debió de darse una señal exterior, perceptible para todos ellos; pero eso no fue más que el apoyo y la confirmación de una luz que los Magos han visto, o, más bien, sentido salir en su corazón. Solo de un corazón creado para encontrar a Dios ha podido salir la intuición de que valía la pena dejar todo por aquel Niño y emprender un largo viaje. El deseo de encontrarlo era en ellos la luz siempre encendida que la señal pasajera e inconstante de la estrella había encendido.

Estas señales, estas estrellas, existen en la vida de todo hombre. En cada una de nuestras vidas salen, de un misterioso espacio de gratitud insondable, señales que inflaman nuestro corazón del deseo de encontrar el Sentido total de nuestra vida. ¡Cuántos encuentros, cuántas experiencias, cuántas palabras, cuántos resplandores de belleza, de verdad, de bondad, pero también de dolor y de soledad, salen en nuestra vida para llamarnos a caminar lejos, más allá de los límites de nuestras seguridades o de los límites del sentido que damos nosotros mismos a nuestra vida!

Las señales, las estrellas, son muchas, pero todas despiertan en nosotros la señal más profunda, más sensible, más inequívoca: el deseo de nuestro corazón, nuestro corazón que es deseo, espera, búsqueda de Otro.

La mejor exégesis del Evangelio de hoy es la imperecedera síntesis que san Agustín ha expresado partiendo de la experiencia de su propia vida: “Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” (*Confesiones* I,1,1).

Y, en efecto, también la estrella de los Magos es en este aspecto un símbolo de nuestro corazón, porque no solamente se mueve, busca, viaja, sino que también “descansa” cuando alcanza a Aquél hacia el que tendía: “Y he aquí que la estrella que habían visto salir, les precedía, hasta que se detuvo en el lugar donde se encontraba el niño”.

Allí donde se encuentra Jesucristo, descansa el deseo de la vida, y el descanso del deseo es la satisfacción del corazón, la alegría: “Al ver la estrella [detenida en el lugar en el que se encontraba el Niño], se llenaron de una gran alegría”.

Esta alegría es ya adoración, porque es el reconocimiento de que Jesús da plenitud a nuestro corazón, que Jesús *es* la plenitud y la meta del largo viaje de la vida, de la búsqueda de Dios que mueve y agita toda nuestra existencia.

Esta plenitud, esta alegría, está misteriosamente ligada a un lugar. Antes de ver al Niño, los Magos rebotan de alegría cuando hallan el lugar en el que Él se encuentra. Es una profecía de la alegría de quien encuentra la Iglesia, una comunidad cristiana en la que nuestro corazón percibe el don de la presencia de Cristo, el Don que se concentra en la Eucaristía.

Toda la verdad y el sentido de nuestra vida se juegan en la tensión entre nuestro corazón hecho por Dios y la presencia de Jesucristo, el Emmanuel, en el lugar eclesial en el que ha nacido por nosotros y permanece presente para encontrarnos, llenarnos de alegría y acoger el ofrecimiento de nuestra vida, el oro, el incienso y la mirra de nuestra adoración.

*P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General O. Cist.*